

la que encontró armas ilegales para combatir a la Unidad Popular mediante el uso de su aparato represivo legal y constitucional: el ejército. Lo que la matanza fascista ha demostrado es la imposibilidad de la democracia formal de encontrar salidas históricas, la carencia de perspectivas del reformismo burgués, la incapacidad de la burguesía para prescindir de la violencia.

Una —la democracia, inclusive la sostenida con alardes demagógicos por la Democracia Cristiana— y otro —el reformismo como el pregonado por Eduardo Frei bajo el lema de “revolución en libertad”—, ante sus fracasos y la agudización de la lucha de clases desembocan en el extremo económico-político capitalista: el fascismo. En Chile esto quedó plenamente certificado. Ante el triunfo de la Unidad Popular y el ascenso de las luchas proletarias, ante la creciente elevación del nivel de conciencia de obreros y campesinos, y las reiteradas muestras dadas por éstos de que son los únicos competentes para instaurar una auténtica democracia; en fin, ante la evidencia de que el socialismo presenta a la humanidad la única alternativa histórica, la burguesía y su aparato represivo empleó todos los medios “legales” a su disposición para obstruir ese avance. La ineptitud de aquellos medios para detener el ascenso de las masas proletarias determinó la intervención del ejército, la matanza, las ejecuciones sumarias y las represiones sangrientas contra los obreros, campesinos e intelectuales. Obligó a descubrir el rostro ilegal, desesperado pero ingénito, del sistema capitalista: el del fascismo. No se escatima el complemento de su brutalidad consustancial. La quema de libros, el control militar de las universidades, la imposición del trabajo forzado, la abolición del derecho de huelga, la proclamada consolidación del capitalismo de estado —en torno del cual se organiza la estructura vertical corporativa— y la paralela devolución de empresas y predios agrícolas, con el apoyo abierto de amplios sectores de la pequeña burguesía y sobre la base de anchas franjas medias urbanas y rurales dirigidas y controladas todas por la gran burguesía. Sin olvidar el despido de millares de trabajadores, la brusca disminución de los salarios reales y el empleo de leyes con carácter retroactivo. En aquel complemento no podía faltar algo característico en los regímenes fascistas: el odio chovinista a Cuba revolucionaria y en general a todos los extranjeros, sobre todo a los de origen latinoamericano.

Frente a la evidencia de que la derrota fue de la democracia burguesa y sus ineficaces reformas, no cabe la desesperanza. Sólo tiene cupo la indignación y la voluntad revolucionaria. Así lo pone en relieve el pueblo chileno. En condiciones cruentas y difíciles, la lucha continúa. Muchos de los cuadros de dirección no fueron destruidos y sigue en pie la capacidad popular de organizar nuevos cuadros. La resistencia no cesa. Hay signos de organización sobre bases

CHILE: LA LUCHA POR EL SOCIALISMO CONTINUA *

Los dos meses y medio transcurridos desde el golpe fascista contra el gobierno popular de Chile, pese a la desinformación sistemática de los hechos y las deformaciones apoloéticas de la dictadura militar, permiten valorar las repercusiones continentales y mundiales del acontecimiento y extraer enseñanzas para las luchas populares.

Aquella desinformación y esas deformaciones intentan hacer aparecer el golpe como una derrota 1) del socialismo en general, y 2) del intento por establecer este régimen social. Se circunscribe el coro de lamentaciones a haberse roto el orden constitucional. Este argumento pretende ignorar que fue la burguesía, y su foco oligárquico,

* Reproducimos el presente documento de un grupo de intelectuales por su importancia. Al cierre de esta edición continuaba la recabación de firmas, con el propósito de publicarlo en un diario de la ciudad de México.

diferentes. Al mismo tiempo, ante los ojos de las mayorías explotadas se han desbaratado los cimientos de las viejas y flamantes ilusiones reformistas. Estas topan ya con las contradicciones económicas y políticas, nacionales e internacionales, agudizadas por el régimen militar. En esta secuencia, la clase obrera afirmará su capacidad de encabezar la lucha contra el fascismo y el capitalismo.

Con el golpe en Chile un vez más se ha exhibido el carácter estructural de la dependencia de América Latina respecto al imperialismo. Ese carácter confiere a las burguesías nativas la condición de dominantes-dominadas. La clase burguesa en el poder está indisolublemente ligada, en términos de sumisión al imperialismo de la metrópoli y ésta a su vez mantiene en América Latina intereses estrechamente trabados con los propios de su estructura imperialista y su burguesía. Asimismo el golpe confirma la naturaleza de las categorías históricas condicionantes de la dependencia y el papel del ejército en los países neocoloniales, integrados al imperialismo, consistente en servir a las burguesías subordinadas, y recibir la asistencia material, técnica, ideológica y política de la metrópoli norteamericana. Todo lo cual al tiempo que desmorona la falacia de los ejércitos autónomos, no instrumentos separados de la burguesía, confirma al contrario que las fuerzas armadas son parte indisoluble de ésta, la cual las utiliza de acuerdo con las circunstancias para sostener la pretendida constitucionalidad mientras el orden legal asegura el poder o para reprimir con la violencia cuando siente en peligro su hegemonía.

Aparte de las repercusiones mundiales en Latinoamérica es notorio que el de Chile no es un hecho aislado. En el lapso de dos años, el golpe conspirado por la Falange Socialista en Bolivia y el autogolpe de Bordaberry en Uruguay evidencian una estrategia del imperialismo norteamericano y las burguesías subordinadas a él, para impedir los avances de las luchas populares por el socialismo. No se trata, por parte del imperialismo, de liquidar sistemas burgueses reformistas, organizados en rededor del capitalismo de estado del subdesarrollo y la dependencia. Así lo testimonian las tendencias que han recobrado impulso en el peronismo argentino y en el régimen militar peruano —no menos que la reactivación de los movimientos derechistas en México y otros países—, disolventes de la ilusión de que el fascismo no es un peligro real en todos nuestros países. Así lo verifica la reunión, en el pueblo escondido de Uruguay (San Miguel), con carácter de complicidad teledirigida desde Washington o desde la subselección brasileña de los planes del imperialismo norteamericano, de conspicuos gorilas suramericanos cuales Stroessner, Bordaberry, Garrastáiz, Bánzer y un delegado de la junta militar chilena. Las premisas económicas, políticas e ideológicas de tal peligro están presu-

puestas: el desarrollo del capitalismo de estado dependiente, las prácticas más antidemocráticas, el chovinismo anticomunista —ecomagno del de la metrópoli— la subordinación creciente y monolítica (económica, social, política y militar) al imperialismo...

En México, el reavivamiento de los movimientos derechistas, la supuesta agresividad de sectores de la burguesía contra el gobierno representativo de sus intereses, y otros antagonismos aparentes y reales, no deben llevar a la incauta conclusión de que la burguesía es ente aparte del estado y su aparato gubernamental, y de que éstos más que formar parte de aquélla lo son de una "alianza popular" con los obreros y campesinos. La posición del gobierno mexicano, aunque consecuente en lo fundamental con viejas tradiciones y con el respeto a la morfología del derecho internacional y de asilo, no esconde el carácter limitado de una acción que se asienta en el propósito del reacomodo con el imperialismo y el de fortalecer el capitalismo del subdesarrollo en México. Las pruebas del carácter contradictorio entre la forma y los hechos son varias. Entre otras, la negativa, con sustento en fórmulas jurísticas, a asilar a refugiados no chilenos; la presuntuosa, a la vez que pretendidamente compasiva, manera como se deplora el golpe contra la democracia formal —como si aquél hubiera sido enderezado contra ésta—, mientras se proclama la exclusividad del éxito de la vía mexicana de desarrollo, y los elogios al origen popular del ejército mexicano —cuya oriunde de base nadie discute, pero no así la de la formación ideológica y política de sus cuadros castrenses al servicio del capitalismo dependiente—, y a su fidelidad como guardián de las instituciones nacionales.

El proceso chileno ofrece provechosas enseñanzas. En México, como en Chile y en todas las patrias latinoamericanas, lo más importante en la acción revolucionaria es la capacidad de contar con una estrategia coherente con el ciclo histórico real; es saber organizar la lucha de la clase obrera y sus aliados naturales, los campesinos; es adecuar la dirección revolucionaria a esa base dual, y es adelantarse a y analizar la estrategia y la táctica del imperialismo y las burguesías criollas, para presentarles un invulnerable frente latinoamericano, solidario más allá de las palabras.

Porque como alguna vez dijo el presidente Allende —en ocasión del torcido propósito atribuido a unas palabras de Fidel Castro con las que éste ofrecía la sangre de cubanos para defender a Chile—: "hay que recordar a aquellos que desfiguran la palabra de Fidel Castro, que nuestros pueblos nacieron a la independencia política porque hombres nacidos en patrias distintas levantaron la común bandera, y Bolívar y Sucre y San Martín y Martí y O'Higgins fueron latinoamericanos para luchar con las armas por su independencia". No por acaso la revolución cubana armó con renovados filos la estrategia del imperialismo, y fue el punto de inflexión táctico de éste.

Menos casual, entonces, debe ser el cambio dialéctico que la revolución latinoamericana de hoy —más profunda y exigente que el movimiento de independencia política, conseguido hace más de un siglo y medio— requiere con urgencia para triunfar.

México, D. F., Noviembre de 1973.

Alonso Aguilar M.—Ignacio Aguirre.—Lucía Álvarez.—O. Sarahí Ángeles.—Arturo Bonilla.—Alfonso Bouzas.—Fernando Carmona.—Jorge Carrión.—Bernardo Castro Villagrana.—Elizabeth Cattlet.—Ignacio Cepeda.—Arnaldo Córdova.—Carmen del Valle.—Jesús R. Elizondo.—Alejandro Galindo.—Arturo Guillén.—María Luisa González Marín.—Angelina Gutiérrez Arriola.—Ana I. Mariño.—Cristina Martínez M.—Francisco Mora.—José Antonio Moreno.—Isaac Palacios Solano.—Mario Ramírez Rancaño.—Sergio Ramos Galicia.—Calixto Rangel Contla.—Salvador Rodríguez y Rodríguez.—Mario Sánchez.—Carlos Schaffer.—Gabriela Vargas.—Juvencio Wing S.—Alfredo Zalce...